



CARMEN POSADAS

LA MAESTRA
DE TÍTERES


ESPASA

CARMEN POSADAS
LA MAESTRA DE TÍTERES



ESPASA  NARRATIVA

© Carmen Posadas, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Diseño del epílogo: © María Pitironte

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

De la reproducción de la letra canción «My Way»: © Warner/Chappell
Music Spain, S. A. Letra y música: Paul Anka, Claude François, Jacques Revaux
Gilles Thibaut. © Bonatarda

Los personajes tratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, son pura coincidencia.

Depósito legal: B.23.950-2018
ISBN: 978-84-670-5269-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

ANOCHÉ MATÉ A MAMÁ, NO SENTÍ NADA [Gadea]

Gadea no recuerda bien cuándo empezó a desconfiar de su madre. O tal vez sí. Desconfiar, fea palabra, y absolutamente impensable relacionarla con alguien como Beatriz Calanda. Única, esa era la expresión más habitual cuando alguien se refería a ella. También querida, controvertida, admirada, envidiada, más lista que el hambre y otros adjetivos igualmente rendidos que, a fuerza de repetirse, se habían convertido en dogma de fe en el reino feliz en el que ella reinaba.

Siempre había sido así. O eso creía Gadea, que, desde niña, había visto a su madre sonreír —con o sin ella en brazos— desde las portadas de todas las revistas que, cada martes, Lita, su ayudante, desplegaba sobre la mesa del cuarto de estar. El álbum de fotos de su infancia y adolescencia a color y a doble página desde que tenía uso de razón. No, qué bobadas estaba diciendo, en realidad todo había empezado mucho antes de que ella naciera. Por eso sus tres medio-hermanas Tiffany, Alma y Herminia —una por cada marido que mami había tenido, cuatro hasta la fecha, si contamos al padre de Gadea— también podían reconstruir sus vidas a través de los semanarios. Uno de los secretos mejor guardados de la casa era el lugar en el que su madre almacenaba todas aquellas viejas revistas encuadernadas en álbumes de cuero rojo y archivados por años, por bodas, por bautizos, por divorcios y una vez más por nuevos casorios, nuevos embarazos y luego más divorcios, todos amigables, todos noticia-

bles. Gadea se lo había rogado muchas veces a Lita. «Por favor, por favor, Li, dime dónde los guarda, es solo para echar un vistazo y ver cómo empezó todo». Pero Li dijo que no, que la curiosidad mató al gato y que si mami los tenía guardados, por algo sería.

Esto ocurrió cuando Gadea andaba aún por la adolescencia, que, en su caso, se manifestó con un furioso acné y una no menos virulenta rebeldía contra el mundo y en especial contra su madre. Pero enseguida se curó de ambas cosas, porque mami la llevó a un par de médicos muy buenos. El primero la libró del acné mientras sus amigas seguían llenas de granos, pústulas y complejos. El segundo lo tuvo un poco más difícil. «Vamos, cielo, cuéntale todo al doctor Espinosa», había dicho Beatriz mientras premiaba al médico con aquella famosa sonrisa suya, una que hacía brillar sus ojos de un modo entre ingenuo e indefenso y a la que Gadea había visto obrar toda clase de portentos.

—Anda, no seas tímida, está aquí para ayudarte, dile lo que me contaste ayer.

Gadea se sorprendió porque no le había contado nada a su madre. Ni falta que hacía. Desde niña, era ella la que interpretaba todos sus pensamientos, también los de sus hermanas. «Ya sé lo que os pasa —solía decirles—: Mirad, es muy fácil, tenéis que hacer esto y aquello y lo de más allá...».

Y funcionaba. Estupendamente además, porque, como acostumbraba a señalarles mientras las miraba a través del espejo que usaba para maquillarse o enredando cinco uñas rojas perfectamente manicuradas en alguno de sus rizos infantiles, «Mami lo sabe todo».

El doctor Espinosa tenía una papada larga y magra que pendulaba —ahora de placer, ahora de turbación— cada vez que Beatriz Calanda le sonreía.

—Cosas de la edad, doctor. Mi niña se ve feúcha, de ahí vienen todos sus problemas. Qué tontería, ¿verdad? Y mira que se lo he dicho mil veces, a ella y a sus hermanas, que para fea yo cuando era pequeña. El conguito de la familia, así me llamaban, con eso le digo todo.

Tampoco aquello era cierto, pero esta vez Gadea no se sorprendió tanto. Se trataba del tipo de comentario que mami solía hacer en sus entrevistas y que le quedaba tan bien. No había más que mirar su única foto de infancia, una que reinaba sobre su mesilla en un marquito de plata, junto a otra igualmente antigua de sus padres, sonrientes, felices, para darse cuenta de que siempre había sido una belleza. En aquella instantánea se podía ver a Beatriz con cinco años más o menos, facciones perfectas, pómulos altos y un pelo negro lleno de rizos lustrosos que quizá hubiera resultado algo vulgar si no lo redimieran unos ojos claros y enormes, iguales a los de un gato. La foto estaba recortada con una tijerita justo por debajo de los hombros. Gadea había llegado a sospechar que tal vez hubiese sido censurada de aquel modo para que no se viera lo humilde que era la ropa que llevaba. Pero eso sería años después. De momento aquella tarde, en la consulta del doctor Espinosa, lo único que pensó fue que su madre, que siempre la obligaba a decir la verdad, también mentía según y cuando.

—... Sí, doctor, verdaderamente cocunda, así era yo de niña. «A ver cómo hacemos carrera de ella —solía decir mi padre—. ¡Pero si más que una señorita parece una gitanilla!». —Beatriz había iluminado al psiquiatra con otra de sus sonrisas infalibles antes de continuar—: Y a mis hijas mayores les ha pasado tres cuartos de lo mismo. Tiffany, perdón..., *María*, quiero decir, también Alma y por supuesto Herminia, todas ellas tuvieron adolescencias feúchas y difíciles. ¡Y mírelas ahora!

El doctor Eduardo Espinosa no dijo nada. Fue su papada la que se mostró más elocuente. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. «Solo del montón», parecía decir aquel badajo de carne antes de que su dueño cavilara que la hija mayor, Tiffany, María, o comoquiera que se llamase ahora (¿a qué venía aquello?, ¿por qué a las famosas les daba de pronto por cambiarse de nombre?), había sido monilla de adolescente, pero ya no. De las cuatro, era la más parecida a su madre y sin embargo no había comparación posible entre una y otra. Un caso curioso el de esta chica. Era Beatriz —sus mismos

pómulos, sus mismos ojos claros e incluso los mismos encantadores hoyuelos que se le formaban al sonreír—, pero, en su caso, todos aquellos rasgos parecían cincelados por otro escultor más inexperto y sobre todo tosco. Por eso, y por una luz indefinible que la madre tenía y la hija no, una fascinaba a pesar de sus sesenta y tantos años mientras que la otra... ¿Cuántos años podía tener Tiffany ahora?

El doctor Espinosa y su papada eran más devotos de las revistas del corazón de lo que les gustaba aparentar. Solían hojearlas entre paciente y paciente. Pero, además, era materialmente imposible desconocer los sucesivos episodios de la saga de la familia Calanda, sus vidas y milagros. De ella daban cuenta, día sí y día también, los suplementos dominicales de todos los periódicos, los programas de tele, los de radio, hasta Facebook y Twitter... Por eso el psiquiatra sabía que Tiffany tenía entonces alrededor de cuarenta años, que vivía fuera de España con su segundo marido, un aburrido promotor inmobiliario, y que era lo que ahora llaman madre a tiempo completo de dos niños. Sabía también que, antes de decantarse por una vida apacible y muy distinta de la de Beatriz, en su primer matrimonio sí había seguido la estela familiar eligiendo a un candidato con apellido sonoro y perfecto para convertirse en carne de *paparazzi*. Jimmy, como lo llamaban, era hijo de una condesa viuda y se decía poeta, pero lo cierto es que dedicaba más tiempo a fomentarse un aire de niño terrible a lo Rimbaud que a emborronar cuartillas («Porque si a uno, a golpe de exclusiva, le pagan más por cultivar el malditismo que por escribir versos, ¿qué culpa tiene?», había sido su comentario). Después de borracheras épicas y escándalos varios con sus correspondientes peleas y reconciliaciones matrimoniales (todas recogidas puntualmente por la prensa especializada), la pareja se separó. Aunque no sin que antes aquel aprendiz de Rimbaud le hiciera a Tiffany un regalo interesante: cambiarle el nombre. En realidad, fue la condesa viuda la que lo hizo. Emparentar con Beatriz Calanda podía tener su glamur, debió de pensar la dama en cuestión cuando se acercaba ya la boda, pero había detalles que, inevitablemente, delataban el pelo de la dehesa

y cantaban *La Traviata*. ¿Qué era eso de «Tiffany»? ¿Dónde, por amor del cielo, se había visto que una mujer, candidata a formar parte de su familia, se llamara igual que una joyería, cursilada inconmensurable? ¿No tenía aquella chica otro nombre? Seguro que ella, como todas las niñas de su quinta, debía de llevar el nombre de la madre de Dios delante del de la joyería neoyorquina para que el páter consintiera en bautizarla con semejante engendro. Por suerte, así era y se obró el milagro. De la noche a la mañana, Tiffany pasó a ser María, algo que, por cierto, agradó y no poco a la portadora del nombre, que ya había visto cómo, en su colegio, tan elegante, tan de toda la vida, el nombre producía cierta chufra. El cambio también le vino bien a Beatriz. No solo porque era un hecho noticiable, sino porque sus gustos habían evolucionado bastante desde el bautizo de Tiffany y, en las presentes circunstancias, jamás habría puesto un nombre así a una hija.

El doctor Espinosa y su papada, ahora entre filosófica y psicoanalítica, se fueron a continuación ligeramente por las ramas reflexionando sobre lo que él llamaba «el secreto lenguaje de los nombres». Y se dijo entonces que, para alguien devoto observador de conductas ajenas como era él, resultaba muy sencillo adivinar la edad de casi cualquier persona solo con oír su nombre. Ejemplos perfectos de su tesis los tenía delante en aquel momento. Beatriz Calanda, aquí presente, pertenecía a la generación de los nombres tradicionales. A la de las Cármenes, las Conchitas, las Teresas, o las Inmaculadas. Según el barrio, también a la de las Toñis, las Puris y las Paquis. La generación también de las Covadongas, las Begoñas o las Mercedes, si se guía uno por criterios geográficos, pero esa, según el doctor Espinosa, era otra historia que ahora mismo no hacía al caso. Por su parte —siguió reflexionando aquel experto en comportamientos ajenos—, los nombres de las hijas de Beatriz no solo delataban la edad de cada una de ellas, sino que ofrecían, además, datos interesantes sobre sus respectivos progenitores. Tiffany, Alma, Herminia y Gadea... Era evidente que, detrás de la elección de aquellos cuatro nombres, estaba la personalidad, también la profesión

y por supuesto el origen de los maridos sucesivos de la bella. Un actor de extracción humilde convertido luego en gloria nacional..., un escritor de campanillas..., un aristócrata arruinado... y un gran banquero. Cuatro peldaños distintos en la vida de Beatriz Calanda, pero todos pertenecientes a una misma escalera hacia las alturas. ¿Cuál de ellos podía considerarse más famoso, más importante, más renombrado?

—... Doctor, ¿me oye usted? Le decía que...

Al doctor Espinosa le habría gustado seguir filosofando sobre el secreto lenguaje de los nombres. Decirse, por ejemplo, que si Tiffany era hija de un actor de origen humilde al que, era evidente, le gustaban mucho los desayunos con diamantes, Alma en cambio lo era de un intelectual con devoción por Gustav Mahler. En cuanto al nombre de Herminia, este presentaba más dificultades de interpretación. Tal vez el aristócrata arruinado —que ya era padre de tres o cuatro hijos de un matrimonio anterior con nombres perfectamente convencionales— tuviese, quién sabe, una vieja y muy rica tía llamada así a la que quisiese homenajear por motivos familiares y/o pecuniarios. ¿Y Gadea? ¿Cuál podría ser la relación entre un padre banquero y el último de los nombres? ¿Sería Arturo Guerra —un hombre serio y muy reservado que un día, contra pronóstico de todos, perdió la cabeza por Beatriz Calanda— un admirador de las gestas del *Mío Cid*? ¿O solamente de los juramentos en falso?

—Mire, doctor —lo interrumpió entonces Beatriz, abriéndose paso entre las lucubraciones del psiquiatra al tiempo que lo envolvía en una sonrisa siempre paciente, pero, a la vez, algo menos encantadora que la anterior—. Ya sé que usted tiene su método. Y que ese célebre método suyo consiste en observar mucho y hablar poco. También en evaluar a los pacientes más por lo que callan que por lo que dicen, según tengo entendido. Pero ahora me va a escuchar a mí. Este es un caso muy sencillo y no requiere tanto ojo clínico ni tanta... observación. A mi hija no le pasa nada en realidad. Al fin y al cabo, ¿quién no ha sido un poco rebelde a su edad? Si lo hemos venido a ver es, simplemente, porque la pobre duerme fatal, está muy callada, distinta. Y eso me preocupa, doctor

—había añadido Beatriz Calanda, adelantando levemente una mano hacia la del psiquiatra como si fuera a tocarla pero sin llegar a hacerlo—. Me preocupa porque ella siempre ha sido una niña feliz y confiada. Nosotras nos lo contamos todo, ¿verdad, Gadea?

Gadea sabía perfectamente por qué estaban ahora en la consulta del doctor Espinosa. También sabía que mami nunca iba a contarle al médico lo que realmente las había llevado hasta allí. «Anoche maté a mamá, no sentí nada». ¿Por qué rayos se le habría ocurrido garabatear el título de aquella tonta canción (una que ni siquiera le gustaba demasiado) con uno de los lápices de labios de mamá y nada menos que en el espejo de su cuarto de baño? Claro que tampoco estarían aquí, en la consulta de Espinosa, en este momento, si Lita, la asistente de mami, su mano derecha, su más alargada sombra, no hubiese entrado sin llamar como era su mala costumbre antes de que ella lograra borrar aquello a toda prisa.

—Chiquilladas, doctor, eso es lo que ella hace de un tiempo a esta parte y no es necesario que le especifique cuáles. Son bobadas, ya se sabe cómo funcionan las cabecitas a estas edades. Mire, le voy a explicar cómo es mi niña.

Su madre estuvo hablando mucho rato. Se playó sobre la confianza que siempre había regido su vida y la de sus hijas y lo unidas que estaban. Habló de que, para ella, la familia era lo primero, y lo segundo, y lo tercero (esta era una frase que mami repetía siempre en sus exclusivas y gustaba un montón), y luego entrecerró los ojos antes de bajar la voz inclinándose aún más hacia su interlocutor. Tal vez le contase al doctor cómo eran sus otras tres hijas. O le hablase de la felicidad de llevar casada con su actual marido diecisiete años, dos más de los que Gadea tenía en aquel momento. O quizá le confesara cómo no entendía en absoluto por qué ella y su vida siempre habían tenido tantísimo interés para la opinión pública («Al fin y al cabo, ¿qué he hecho yo? Nada del otro mundo, solo crear una familia e ir donde el corazón me lleve, doctor»). No, su madre no había revelado al doctor Espinosa nada que no hubiera contado mil veces antes en los medios de

comunicación entrecerrando los ojos tanto como ahora y hablando bajito.

«Mentirosa», pensó Gadea y se sorprendió por la elección de un término que jamás hasta ese día había asociado a su madre.

Pero pronto se olvidó. De esto y de todo lo que habían hablado aquella tarde en la consulta, porque mami enseguida se hizo gran amiga del doctor Eduardo Espinosa, que le recetó unas pastillas muy buenas que acabaron con su insomnio en solo un par de días. También acabaron con su fea costumbre de escribir bobadas en los espejos del cuarto de baño y todo volvió a ser como siempre había sido en la vida de Gadea, normal, sin sobresaltos.

O como a mami le gustaba decir: «Perfecta. Sencillamente perfecta tu vida, ¿verdad, tesoro?».